

La contemplación y la acción no pueden desunirse —sostiene Sábato— en dos epopeyas separadas y no conexas entre sí. La aceptabilidad o falsedad de la una no supone necesariamente la fiabilidad o no de la otra, aunque sobrentiende su reacción: el mundo de la observación y el de la creación coinciden, varían, por la insuficiencia de los instrumentos de recogida, los de la observación. La verdad de la razón y la de los hechos se confrontan según una unidad de medida que, en última instancia, lleva al ordenamiento racionalista. El hecho sigue siendo o se convierte en un postulado de la razón, en una entidad que, como tal, puede ser recibida, comprendida y sucesivamente elaborada a efectos del cambio del mundo real.

El subjetivismo artístico (en la narración resuelto en la temporalidad, diferentemente de lo que se produce en la pintura, que se explica en la espacialidad) constituye una forma de entender el mundo sin perjudicar la perspectiva de la ciencia que tiende a dar una explicación objetiva de los acaecimientos. La ficción artística se basa en la convicción de que lo que se manifiesta y lo que se observa no están separados, sino vinculados, en correlación, según un orden que se puede conseguir movilizándolo todos los recursos de la inteligencia y de la sensibilidad humanas. La insuficiencia de los recursos —que Sábato, en el ensayo sobre Leonardo de Vinci, denomina ambigüedad— nace de la conciencia (científica y artística) de que la potencia del cosmos puede en un tiempo llegar a identificarse con la del hombre (del ser). La ambición de Leonardo, en efecto, es la de «hacer milagros».

Casi aislado en Roma, sigue sus investigaciones sobre botánica, descubre las leyes de la filotaxia y del heliotropismo, explica la ascensión de la savia por capilaridad, traza mapas de la costa pontificia, elabora planes de drenaje para los pantanos de la región, descubre la ley del paralelogramo, inventa el primer troquel mecánico para acuñar monedas, estudia la caída de los cuerpos, piensa en el giroscopio, indaga la anatomía de los pájaros y la fisiología del vuelo, calcula la potencia de los vientos, investiga los problemas de la densidad y trabaja en su tratado de la voz (26).

La fiebre del conocimiento brota de la incompatibilidad de los datos de la experiencia con la complejidad, la tensión de lo existente. Leonardo consigue hacer coexistir —hasta un límite difícilmente alcanzable por los míseros mortales— la ambición de entender y la tentación de actuar para cambiar las reglas físicas, psíquicas de la existencia.

La incredulidad y el dogmatismo se enfrentan como teorías de la acción y de la reflexión, de la mano y del intelecto; de hecho, son com-

---

(26) Ernesto Sábato: *Apologías y rechazos*, Seix-Barral, Barcelona, 1979, p. 24.

ponentes orgánicos de la «actitud» con que el observador «se asoma» desde su yo para explorar áreas cada vez más amplias del planeta; y encontrando e interrelacionando en esto los yo de los demás. La influencia cada vez más fuerte y constante que un proceso de este tipo puede ejercer, ante los medios de comunicación de que dispone la sociedad contemporánea, está en el origen de la intolerancia que, en la gran mayoría de los casos, se doblega en el conformismo y, excepcionalmente, se transforma en subvención, en rechazo puro y simple del orden político y social existente. La superación de una situación candante, como es aquélla en que vive el mundo contemporáneo, es posible —según Sábato— realizando esa síntesis del saber delineada por Max Scheler en negativo:

Ni ese puro saber de salvación que en la India permite la muerte por hambre de millones de niños al lado de santones que meditan; ni ese puro saber culto que en China posibilitó la existencia de refinados mandarines entre inmensas masas de desheredados; ni ese saber técnico de Occidente que nos ha conducido a los más insoportables extremos de angustia y enajenación (27).

La enfermedad de Occidente, ya denunciada a comienzos de siglo por Max Nordau, se explica por un sofisma, que como un vórtice arrolla al alma de las cosas y las desintegra hasta alcanzar un estadio desesperante de la materia, un estadio del que se supone se derivan la desolación y una orgiástica *vis destruens* y *joie de vivre* fusionadas juntas.

El fin de la libertad burguesa coincide con una nueva forma de esclavitud o con una nueva forma de rebelión, que no prepara necesariamente un resultado concreto, un modelo de participación social válido para todos. El mundo contemporáneo reconoce en el disenso una fuente de continuidad, de legitimación: en el gran desorden ideológico, la protesta o la participación en negativo es un punto de referencia, algo mentalmente conjeturable aunque moralmente eludible o inalcanzable. La heterodoxia dominante parece derivarse, por reacción, de una petrificada forma de ser de un mundo que pierde sistemáticamente —y, por tanto, progresivamente— su equilibrio.

Desde el conde de Saint-Simon hasta el rico y generoso industrial Federico Engels, pasando por el príncipe Kropotkin, los mejores revolucionarios socialistas no surgieron de las masas desposeídas, sino de la burguesía y la aristocracia. Con raras excepciones, nunca han resultado los «hijos del pueblo»: casi siem-

---

(27) *Ibidem*, p. 107.